

Jorge Pinto R.

LA SERENA COLONIAL

Ediciones Universitarias de Valparaíso,  
Universidad Católica de Valparaíso, 260 pp.  
1983.

La identificación sentimental y el compromiso profesional de Jorge Pinto con *La Serena Colonial, la ciudad y sus valles* han quedado nuevamente representados en este último trabajo que viene a sumarse a otros anteriormente publicados\*.

La variedad y calidad de información que maneja el autor le permite entregar antecedentes de gran interés en la reconstrucción geográfica y social de la historia del Norte Chico. La espontaneidad con que Pinto se aproxima a la vida cotidiana —cuestión difícil de lograr— contribuye en forma amena a la comprensión de esa sociedad colonial.

La información que recoge de los archivos judiciales, al margen del pinto-resquismo que pueda resultar, entrega un testimonio interesante sobre la precariedad y dificultades que rodeaban la vida del habitante nortino. La extrema afición a la bebida, causal predominante de los hechos delictuales, muestra la existencia de penosas circunstancias, especialmente para los más desvalidos, que eran la gran mayoría.

Recordemos que La Serena, desde sus orígenes, debido a la escasa presencia indígena en la región, obligó a Pedro de Valdivia a conceder, en compensación, a un reducido número de españoles, mercedes de tierra de notable extensión en comparación con las otras regiones del Reino.

Se constituyó así un grupo de encomenderos muy reducido y compacto. A diferencia de lo que ocurre hacia el Sur, esta plutocracia original de encomenderos y mineros no se desarticula después del siglo xvi ante el avance de la actividad agrícola-ganadera en desmedro de la minera. Al contrario, la minería había de mantenerse como el quehacer más importante.

Por contraste al reducido grupo de individuos que concentraban la riqueza regional, encontramos una inmensa masa de campesinos y mineros cuya vida a través de las crónicas de Pinto, se retrata en su más cruda y real dimensión. Los bajos ingresos y, consecuentemente, la nula capacidad económica; la discriminación a todo nivel fruto del carácter pigmentocrático de la sociedad; la inestabilidad familiar, dadas las características de las labores en la zona, que alejaban a gran parte de la población masculina del hogar; las epidemias y continuas sequías, son factores, entre otros, que obligan a pensar que las dificultades fueron la impronta de la gran masa social nortina.

El carácter de crónica y la lograda intención del autor de hacer de su obra un

\*La Población de La Serena en el siglo xviii. Crecimiento y Estructura Ocupacional en un Área Urbana del Chile Colonial, La Serena 1979; La Población del Norte Chico en el siglo xviii, La Serena 1980; las Minas de Azogue de Punitaqui. Estudio de una faena minera de fines del siglo xviii, Coquimbo 1981.

estímulo para valorar el pasado regional, no se corresponde con una crítica en profundidad. No obstante, quisiéramos hacer algunos alcances sobre ciertos juicios y análisis que se evidencian en el trabajo.

Llama la atención el optimismo con que el autor se refiere al desarrollo de la región para la segunda mitad del siglo XVIII. Si bien es cierto que todo el Reino experimenta por ese período unos avances bastante perceptibles, no nos parece que La Serena refleje tal situación de modo análogo. Los juicios del gobernador O'Higgins respecto al retraso observado en la ciudad no son aquí bien ponderados, ya que Pinto supone que la autoridad está estableciendo comparaciones con ciudades europeas y de mayor importancia. Agrega que La Serena "en el marco de su propio desarrollo había logrado avances que se hacen evidentes" (p. 16).

Opinamos que el tema del desarrollo económico de la región no está del todo superado por los historiadores, ya que por el momento no parece suficientemente aclarada la situación. Con todos los reparos que nos merezcan las quejas de las autoridades de la época, los testimonios sobre las peripecias que debía afrontar la población durante el período en cuestión resultan bastante elocuentes para contradecir la posición de Pinto. En 1777, el corregidor Pedro Antonio Balbontín de la Torre hacía notar "la mayor decadencia en que se hallan muchas familias que tienen que vivir en haciendas por el continuo riesgo a que están siempre que se declare guerra con los enemigos". Pero lo más persistente como causal de deterioro económico es el problema de las continuas sequías. Hasta fines del siglo XVIII éstas provocan estragos en la agricultura, en la cría de ganados, en la minería y demás actividades, como en su oportunidad denuncia el corregidor Víctor Ibáñez de Corvera en 1794, agregando que continuamente debían importarse productos de otros lugares y en medida desusada.

En cuanto a las cifras demográficas que maneja el autor, nos parece que confía demasiado en las informaciones de los archivos parroquiales. Por ejemplo, cuando se refiere a la población de la ciudad de La Serena, indicando que ella es de 1.500 habitantes (p. 14), hace notar que anualmente los fallecimientos eran de 50 personas. Las cifras brutas de los R.R.P.P. comportan un permanente subregistro que, en el caso de las defunciones, no es inferior al 30%.

Finalmente habría que señalar en consideración a la calidad de historiador del autor y a su declaración en cuanto a que nada de lo que él afirma es invención, el uso de algunos recursos son más propios de la leyenda que de la crónica. Al relatar la incursión de Sharp en 1698 (p. 101), hace notar que el templo de San Francisco no fue quemado por la presencia de un anciano religioso que se negó a abandonar el edificio. Luego de algunos alcances sobre habituales deserciones piratas, el autor hace una reflexión bastante curiosa: "¿Fue acaso, ese bendito fraile de San Francisco, un anciano decrepito que no tuvo fuerzas para escapar cuando todo el mundo abandonaba en tropel la ciudad, o no sería un antiguo compañero de andanzas que se enfrentaba a los marinos de Sharp en su propio idioma, convenciéndolos de que no atentaran contra el convento?" (p. 101).

Otro ejemplo de rasgos pintorescos es la referencia que el autor hace a ciertos problemas de sequía, los cuales, según él, fueron solucionados "gracias a las rogativas de los vecinos" (p. 255).

En suma, se trata de un trabajo ameno y bien informado, de imprescindible conocimiento para quienes deseen saber de la historia de La Serena. El material utilizado deberá permitir por su calidad a los historiadores disponer a futuro de una historia del Norte Chico elaborada científicamente por J. Pinto, de cuya destreza como historiador ya hemos tenido suficientes pruebas.

*Baldomero Estrada*

Oscar Bermúdez Miral

HISTORIA DEL SALITRE DESDE LA GUERRA  
DEL PACIFICO HASTA LA REVOLUCION DE 1891  
Ediciones Pampa Desnuda  
Santiago, 1984.

Esta postrera tentativa historiográfica de O. Bermúdez (1904-1983) en torno al universo histórico del nitrato, refrenda que esta segunda parte de su Historia del Salitre mantiene no sólo analogía de contenido con la primera (Historia del Salitre desde sus orígenes hasta la guerra del Pacífico, Ediciones de la U. de Chile, Santiago, 1963). Y, en efecto, el volumen que concede ahora Ediciones Pampa Desnuda representa el diáfano continuismo de los caracteres formales y metodológicos que particularizaban ya al primero: rigurosa exégesis documental, predilección por la exposición narrativa, organización cronológica del contingente temático y la incumbencia recurrente de la acabada ilustración erudita del autor a lo largo del relato; rasgos que lo vinculan al tradicionalismo historiográfico nacional. Con todo, la vigencia de un discurso literario nítido y cautivamente evita, sabiamente, que la fluidez de la instancia narrativa se evapore bajo el peso del dato positivo o en medio de la oceánica proporción de referencias eruditas que la nutren. Bermúdez no rinde, por tanto, el caro tributo que otros historiográficos han pagado al designio de atestar sus propios ensayos de una sobretasa referencial. De toda suerte, puede Bermúdez abocarse a sustentar su texto en el caudaloso continente documental que le han donado los diversos repositorios que frecuentó, sin temor a extraviarse en la aridez positivista, merced a "su estilo lúcido y de gran fuerza literaria", según dictamina el prólogo del Dr. Blackemore. No es improbable que el lector asiduo de Bermúdez acote, al cerrar el texto, que en esta segunda parte el vuelo literario ostenta tono menor, si atendemos al cuadro casi lírico que emana de la evocación del paisaje y de los caracteres individuales que brindó en la primera. Descontada esta relativa carencia, Historia del Salitre II denota la perennidad de la arquitectura prototípica que informa el discurso historiográfico del autor.